

adheridos á los escritos y opiniones de Orígenes. Isidoro de Pelusa combatió su doctrina de la preexistencia de las almas y de la prevaricación de éstas en una existencia anterior. San Nilo siguió su ejemplo. Este era el principal error que se atribuía á los origenistas y el que les dividió en dos partidos. Unos, los prototistas, llamados también tetradistas, insistían fuertemente en la preexistencia del alma de Jesucristo y pretendían que éste fué el primer ser sacado de la nada, lo cual dió margen á las acusaciones que les dirigían sus adversarios de divinizar al alma humana y de introducir una tetrada en lugar de una triada. Los otros, por el contrario, llamados *isochristoi*, conservaban la doctrina de la igualdad de origen y mantenían solamente la distinción numérica; se les acusó de poner sus almas al mismo nivel que el alma de Jesucristo.

En el siglo vi, en fin, la controversia sobre las doctrinas de Orígenes, conservadas al parecer secretamente entre los monjes, resucitó con otras cuestiones. Esta disputa dogmática (así como muchas otras) tiene numerosas afinidades con las contradicciones y luchas que estallaron entre las dos escuelas teológicas más famosas de Oriente.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 95.

Soc., VI, 20 y sig.; VII, 25, 45; Soz., VIII, 27 y sig.; Pallad., c. xx; Theod., V, 34-36; Niceph. Call., XIV, 25-28; Innoc. I, Ep., Mansi, III, 1052 y sig.; Jaffé, n. 102-106; Isid. Pelus., lib. I, ep. CCCLXX; Synes., Ep. LVVI ad Theoph.; Cyrill., Ep. LVII ad Attic.; Acta sanct., t. II, jan., p. 847 y sig.; Photius, t. I, p. 43-45; 56 y sig. Sobre Synesio y otros origenistas, Synes., Ep. cv; Evagr., I, 15. Cf. Luc. Holsten. Dissert. in Hist. eocl. Evagr., ed. Vales.; Isid. Pelus., lib. IV, ep. LXII. Migne, t. LXXVIII, p. 1248 y sig.; Nilus, lib. I, ep. CLXXXVII-CXC (Migne, t. LXXIX, p. 153 y sig.). — Prototistas ó isochristas, Cyrill. Scythopol., Vita S. Sabae, ap. Cotel., Monum. Eocl. gr., t. III.

§ 6. La escuela de Antioquía y la de Alejandría. — Teodoro de Mopsuesta.

Diferencias entre la escuela de Antioquía y la de Alejandría.

96. La escuela de Antioquía no tardó en alcanzar el brillo de la de Alejandría, y hasta en aventajarla. Ambas escuelas, por lo demás, se completaban bajo muchos aspectos, porque cada una de ellas seguía dirección y método particulares. Esta diversidad podía fácilmente dar origen á conflictos y producir desviaciones de la doctrina de la Iglesia. Los alejandrinos seguían una tendencia especulativa, intuitiva y mística; los antioqueños se distinguían sobre todo por la reflexión y la lógica, así como por la sobriedad de sus ideas. Unos se adherían á la filosofía pla-

tónica, sobre todo en la forma de que la había revestido el judío helenista Filón; otros adoptaban un eclecticismo que inclinaba al estoicismo y seguían la escuela de Aristóteles, cuya dialéctica penetrante era muy conforme con el genio de los discípulos de esta escuela. Así, los alejandrinos cultivaban con preferencia la interpretación alegórica y mística de las Santas Escrituras, y la escuela de Antioquía la interpretación literal, gramatical é histórica, sin rechazar, á pesar de esto, por completo el sentido místico, y sobre todo las figuras típicas de la Antigua Alianza. Los origenistas procuraban demostrar la insuficiencia del sentido puramente literal y la necesidad de la interpretación alegórica, tanto más cuanto que el sentido literal de muchos pasajes bíblicos daría lugar á errores, á contradicciones, á cosas indignas de Dios. Pecaban aquí exagerando la alegoría y confundiendo con la interpretación mística las expresiones figuradas que pertenecen al sentido literal. Sacrificaban á menudo el fondo histórico de la narración bíblica, creyendo descubrir un sentido oculto bajo la corteza exterior.

Otra consecuencia de este procedimiento es que la escuela de Alejandría hacia resaltar vivamente el elemento suprarracional, inefable y misterioso de las cosas divinas, mientras que la escuela de Antioquía insistía principalmente en el lado racional de los dogmas cristianos, y trataba de probar que el cristianismo responde por completo á las exigencias de la razón humana. Proponiéndose este fin, sin embargo, los maestros eminentes de la escuela de Antioquía, no trataban en modo alguno de poner en duda el carácter sobrenatural y los misterios de la doctrina cristiana; la mayor parte de ellos los reconocían plenamente, tales como Crisóstomo y Teodoreto. Sin embargo, algunos no podían menos de temer que estos esfuerzos por hacer accesibles á la razón las verdades de la fe no concluyesen por oscurecerlas y desnaturalizarlas. Se ha pretendido, sin razón, que la escuela de Antioquía ó de Siria miraba á la Santa Escritura como la única regla de fe, mientras que la de Alejandría juntaba á ella la tradición; esta última fuente era admitida por todos los teólogos ortodoxos; San Crisóstomo y Teodoreto la invocaban lo mismo que los alejandrinos, y San Epifanio, á quien se considera como principal representante de la teología tradicional, nada tiene de común con los origenistas y alejandrinos.

No hay diferencia esencial entre ambas escuelas en lo que concierne á la inspiración de las Santas Escrituras. Los antioqueños también extendían la inspiración á todas las partes de la Biblia, á todos los pensamientos que expresa, y algunos hasta á las sílabas; pero hacían resaltar más en el estilo de los agrógrafos la parte propia del hombre, el sello individual. Los alejandrinos, siempre en busca de cosas miste-

riosas y ocultas, creían á menudo descubrir en una expresion aislada, en una sola particula, no sabemos qué profundos pensamientos que habria tenido presentes el Espiritu Santo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 96.

Néander, K.-G., I, 494, 604 y sig., tercera edicion; Münter (I, § 179); Hornung, Schola antiochena, Noostad, 1864; H. Kihn, Die Bedeutung der antioch. Schule auf exeget. Gebiete, Weizenb., 1866; Kuhn, Die antiochen. Schule, Ingolst., 1866; Phil. Hergenroether, Die antiochen. Schule, Würzb., 1866.

Contacto de ambas escuelas.

97. El alejandrino Arrio era, como la mayor parte de sus amigos, discípulo de la escuela de Antioquia por intermedio de Luciano, mientras que Alejandro y Atanasio se mantenían completamente dentro del terreno de la escuela de Alejandría. Esta tuvo más tarde otros representantes ilustres en Macario el antiguo y en Didimo el ciego. Su influencia se hizo sentir igualmente en San Basilio, los dos Gregorios de Capadocia, así como en los occidentales Ambrosio, Hilario y Agustín. Ninguna de las singularidades que se habían notado en Orígenes observábase en estos grandes hombres. Libres de todo vínculo, representaban á la ciencia eclesiástica que tiene su punto de partida en la fe y obedece á su direccion. Con la fe se esforzaban ellos en comprender las verdades de la fe, así como lo hacían los mejores entre los alejandrinos. Admitían el sentido místico en toda su extension, especialmente Gregorio de Nisa, como se ve en su prefacio sobre la explicacion del Cántico de los cánticos, y aprovechaban en las diversas direcciones del pensamiento los excelentes trabajos de sus predecesores.

Ya muchos antioquenos, especialmente Eustato, obispo de Antioquia, y Diodoro, que lo era de Tarso desde 378 (muerto en 394), habían entablado polémica contra los excesos de la alegoría, tales como los encontraban en Orígenes. Diodoro, discípulo de Silvano y de Flaviano, compuso muchos comentarios sobre la Biblia, así como una obra sobre la diferencia entre la interpretación literal y la alegórica (teoría y alegoría). Tuvo por discípulos á San Crisóstomo, que permaneció apartado de las tendencias exclusivas de los antioquenos, y á Teodoro de Mopsuestia, que las adoptó en todo su rigor.

Teodoro, que había nacido en Antioquia de una familia distinguida, amante de los placeres al mismo tiempo que del saber, se había dedicado al principio á la vida religiosa con el fervor de un neófito, y luego la había abandonado, atraído por los encantos del mundo; pero movido

por las vivas reconvenções de San Crisóstomo la abrazó de nuevo, y se entregó á los estudios de exégesis. Despues de haberse dedicado al ministerio de la predicacion en Antioquia, fué nombrado en 392 ó 393 sucesor del obispo Olimpo de Mopsuestia, cuya Silla ocupó durante treinta y seis años (393-429). Combatió diferentes herejías, escribió numerosas obras que le dieron mucha fama, y le trajeron numerosos adversarios. Sin ser un pensador profundo y original, tenía instruccion y elocuencia; su estilo pecaba por difuso. A menudo, en el calor de la disputa, se dejaba arrastrar á las más chocantes afirmaciones, y los puntos de vista peligrosos de la escuela de Antioquia se revelaban en la forma más accentuada en todo lo que enseñaba acerca de la persona de Jesucristo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 97.

Eustath. Antioch., Hier., cap. LXXXV; Socr., VI, 13; Fabricius, Bibl. gr., VIII, 170 y sig.; IX, 134 y sig.; Gallandi, Bibl. Patr., t. IV; Diodor. Tars., Hier., Cat., cap. cxxix; Socr., VI, 13; Phot., cod. cu, cccxxx; Assemani, Bibl. or., III, I, p. 28 y sig.; VII, t. 33; Theodor. Mopsuest., Theod., V, 39 y sig.; Socr., loc. cit., Assemani, loc. cit., III, II, p. 327 y sig.; Fritzsche, De Theodori Mops. vita et scriptis, Hal., 1836; Klenner, Symbolae lit. ad Theod. Mops. pertin., 1837; Mai, Nov. col., t. VI, praef., y p. 1-208; Theod. Op., ed. Wegner, 1 vol., Berol., 1834; Migne, t. LXVI; Dubois, Estudio sobre las principales obras de la escuela de Antioquia, en particular sobre las de Teodoro, Génova, 1858; Theod. Mops., Com. in N. T., ed. Fritzsche, Turic., 1847; ed. Jacobi, Hal., 1855 y sig.

Doctrinas de las escuelas de Alejandría y Antioquia con respecto á Jesucristo.—Teodoro de Mopsuestia.

98. La escuela de Egipto para combatir la opinion de Fotino, que no admitía más que una diferencia de grados entre el Hijo de Dios y los Santos, hacía resaltar la diferencia esencial que existe entre la Encarnacion de Dios y la influencia puramente moral que Dios ejerce sobre el hombre, é insistía sobre el carácter incomprendible de esta misteriosa union. La escuela siria, conforme á la direccion rigurosa que seguía, y oponiéndose á las ideas gnósticas y apolinaristas, se aplicaba á demostrar que las dos naturalezas en Jesucristo conservan sus propiedades y se sustraen á toda confusion. Los alejandrinos insistían con mucho ahinco en la union de ambas naturalezas y en la unidad del Hombre-Dios; los antioquenos en la diversidad permanente de lo divino y lo humano; los primeros en el sentido misterioso de la Encarnacion; los otros en su sentido comprensible, en la dualidad del sér humano unido con el Sér divino. La escuela de Antioquia miraba, sobre todo, en la vida de Jesucristo el elemento humano accesible y tangible.

Diodoro y Teodoro concebían además en la persona de Cristo un desenvolvimiento sucesivo y gradual, análogo al que tiene lugar ordinariamente en la naturaleza humana, y que prosigue á través de las pruebas y los combates. Teodoro distingue dos estados en la humanidad: el actual y el futuro. En el primero la naturaleza racional es abandonada á sí misma, susceptible de cambios y sujeta á la tentación en todas las fases de su existencia; en el segundo esta naturaleza es elevada sobre los límites de lo finito por la infusión de una vida divina superior, libre de la lucha y de la tentación, inaccesible á toda vicisitud moral.

La resurrección general forma la línea divisoria entre estas dos fases. El tránsito del primero al segundo estado, según Teodoro, debe ser procurado por el hombre; él es quien en toda la creación inferior representa la imagen de Dios. Para que pueda representarla es preciso que la naturaleza humana éntre en sociedad con Dios y reciba de él una vida divina, exenta de cambios y de combates. Esta imagen de Dios en la naturaleza humana es Jesucristo, había de realizarla dando al hombre una soberanía absoluta sobre la naturaleza. Debía, pues, tomar la naturaleza humana en su estado, y con los combates, á los cuales ésta se halla sujeta, prepararse para un estado superior. Era preciso que gozase, en cuanto hombre, de la plena posesión del libre arbitrio, que estuviese sometido á las luchas y pasiones, y fuese capaz de pecar (aunque estuviese exento de pecado actual); de otra manera no habría en Jesucristo naturaleza humana, y su alma alcanzaría la gloria por voluntad de Dios y no en recompensa de su libertad y de sus luchas, victoriosamente sostenidas.

Antes de la resurrección el Cristo era «mudable en sus pensamientos»; después de la resurrección es impassible, inmutable é impecable en virtud del Espíritu divino¹. La divinización de la parte humana en Jesucristo hasta su transfiguración, es el resultado de la unión original y secreta, á la cual Dios elevó la naturaleza humana en Jesucristo desde el instante de su nacimiento. Esta unión se completó siguiendo una marcha lenta y progresiva², así como sucede en el hombre, en quien la gracia no cambia la naturaleza.

En virtud de ella las fuerzas del alma y de la inteligencia se desenvuelven en Cristo más rápidamente que en los demás hombres³; la virtud divina del Verbo, que estaba constantemente unida á él, se acrecienta á medida que la voluntad del Cristo se ha fortificado en el combate.

1 1 *Tim.*, III, 16.

2 *Luc.*, II, 52.

3 *Jes.*, VII, 16.

Dios decidió (así lo ha hecho generalmente con todos los hombres, porque la predestinación nunca es absoluta, sino que depende del conocimiento previo de lo que resolverá la voluntad de cada individuo) que el hombre Jesús fuera elevado á la más alta dignidad porque conocía de antemano sus méritos y la perseverancia de su voluntad en las tentaciones. No habiéndose hecho inmutable Jesús sino después de su resurrección, entónces solamente fué cuando pudo recibir el Espíritu Santo, si bien anunció de antemano su efusión sobre los Apóstoles; entónces fué cuando se le reconoció en su dignidad. Hasta entónces Pedro, Natanael y Marta no veían en él sino un sér algo superior á los demás.

Lucha contra los apolinaristas.

99. Teodoro de Mopsuesta acabó de desenvolver esta peligrosa teoría en su lucha contra los apolinaristas. Estos decían:

a) Jesucristo fué desde el origen perfectamente santo é inmutable; ningún progreso humano se consumó en él, y su espíritu, lejos de estar sujeto á mudanza, fué reemplazado por el Verbo divino. Teodoro negaba todo esto apoyándose en el Evangelio, donde se habla del crecimiento de Jesús; si no hubiese habido en él desenvolvimiento sucesivo, no hubiera podido cumplir la obra de la Redención.

b) Los apolinaristas sostenían que la morada de Dios en Jesucristo era sustancial, esencial, completamente distinta de la moral, por la que Dios reside en los Santos. Teodoro, sin querer confundir absolutamente estos dos modos de habitación, admitía, sin embargo, una gran semejanza; los comparaba entre sí, y no cesaba de repetir que Dios está más presente á unas criaturas que á otras. Juzgaba inadmisibles que Dios morara en cuanto á su naturaleza, porque nada puede contener á la naturaleza divina; y en cuanto á la eficacia, le parecía una negación de la Providencia y del gobierno divino, que se extiende á todo. No admitía sino una habitación de complacencia, de gracia, de adopción divina, de voluntad (*Luc.*, III, 22).

c) Cuando los apolinaristas decían que dos naturalezas completas no podían reunirse para formar un todo único, una misma persona, Teodoro intentaba mostrar cómo la divinidad y la humanidad podían unirse en una sola unidad. Jesús, según él, es el templo donde Dios reside, el órgano con el cual obra. Cuando consideramos, decía Teodoro, la distinción de la divinidad y de la humanidad, debemos admitir dos naturalezas en su integridad y plenitud, y por consecuencia, porque estas cosas van juntas, dos hipótesis, una perfecta persona divina, y una perfecta persona humana. Cuando miramos á su unión, no debemos hablar

de Jesucristo sino como de una sola persona, en la cual la naturaleza humana ha sido admitida en sociedad con la naturaleza divina, de la misma suerte que el hombre y la mujer son llamados un solo cuerpo.

d) Cuando los apolinaristas alegaban la comunicacion de los predicados (*communicatio idiomatum*) como una señal de la unidad del Hombre-Dios, Teodoro veía allí una confusion de ideas inaceptable; no admitía esta comunicacion sino en cuanto las profecías se referían, unas al Hijo segun la gracia, otras al Hijo segun la naturaleza. Conforme á esto, Maria no era madre de Dios sino en cierto sentido, en cuanto ha puesto en el mundo á aquel en quien Dios residía.

Teodoro, en su cualidad de aristotélico, iba demasiado léjos en su oposicion contra el platónico Apolinario (de quien combatía asimismo la tricotomía); porque mientras que éste abría los caminos á la teoria de los monofisitas, Teodoro se hacía precursor del nestorianismo¹.

Antropología y escatología. — Otras doctrinas de Teodoro.

100. Despues de haber tratado de Jesucristo, Teodoro de Mopsuesta habla del hombre, á quien considera como el lazo entre el mundo espiritual y el material, como el revelador de Dios en la Creacion. El hombre ha recibido de Dios las fuerzas necesarias para llegar á su fin; mas para que haga de ellas buen uso es preciso que se halle penetrado de un principio de vida divina, y sea elevado por su union con Dios desde su condicion mutable á la inmutabilidad moral, que deberá comunicar despues al resto de la creacion. Como el combate y la tentacion son necesarios, el primer hombre fué criado sujeto á la muerte. Si Dios le ha amenazado con ella, si ha hablado de la muerte al mismo tiempo que del pecado, es porque era necesario á la educacion del hombre y convenia excitar su odio al pecado. Dios habló, pues, como si quisiera castigarle de muerte. Sin esto, Dios, que todo lo sabe, no habria dado una ley que preveía no habia de ser observada. Si ha permitido el pecado, es porque preveía que, en definitiva, conduciria al bien del hombre y le movería á reconocer su debilidad. Desenvolviéndose por medio de la lucha el hombre conoce el premio de la virtud, y adquiriendo méritos cerca de Dios prepara su venturosa resurreccion.

Menospreciando las consecuencias del pecado original y su transmision á los descendientes de Adán, insistiendo demasiado libremente en el libre arbitrio, afirmando que la Redencion, en lugar de curarnos de nuestras flaquezas, no produce en nosotros sino una nueva ereacion,

¹ Véase más abajo 126 y sig.

conociendo la gracia como el resultado de los méritos del hombre, Teodoro preparó los caminos al pelagianismo¹. Además, como no veía en el mal sino una simple transicion al bien, se figuraba que un día la Redencion lo suprimiría enteramente y que habria una renovacion general para todos los pecadores; negaba la eternidad de las penas del infierno, que encontraba desproporcionadas al pecado. Aquí, como en otros puntos, cae en los errores que comunmente se censuraban en Orígenes, que él mismo habia combatido tan vivamente. Acabó de desenvolver su sistema en sus explicaciones sobre la Sagrada Escritura. Pone en duda el carácter mesiánico de muchos pasajes del Antiguo Testamento; rechaza el Cántico de los cánticos como libro que nada divino contiene, segun él; menosprecia la verdadera relacion entre la Antigua y la Nueva Alianza, y muestra en su interpretacion árida y superficial de la Biblia las mismas imperfecciones que habian sido señaladas en la interpretacion demasiado idealista, arbitraria, mística y moral de Orígenes. Considerables errores nacieron de estos dos extremos.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 98-100.

Néander, K.-G., I, 660 y sig.; Héféli, II, 130 y sig. Los más importantes fragmentos de Teodoro se hallan en: 1.º Acta conc. V oecumen., Mansi, Conc., t. IX. 2.º Marii Mercat. Excerpt., ed. Garnier, Migne, Patr. lat., t. XLVIII. 3.º Leont. Byz., lib. III contra Nestor. et Eut. (Migne, Patr. gr., t. LXXXVI). 4.º Phot., Bibl., cod. 177. Cf. Cod. LXXXI. 5.º Salom. Bassor., Assemani, Bibl. or., III, I, p. 322, 323 y sig. Cf. Gennad., De vir. ill., cap. XII.

Otros sabios de Antioquia.

101. Pocos escritos quedan de otros sabios de Antioquia, tales como Eusebio, obispo de Emesa, Teodoro de Heraclea, Melecio y Flaviano. Polychrono, excelente hermano de Teodoro de Mopsuesta, mientras que conservamos aún largos comentarios sobre la Santa Escritura debidos á San Efrén de Siria, á San Crisóstomo, al cual se aproximó Isidoro de Pelusa, al sabio Teodoreto, obispo de Cira desde 423, formado por Teodoro de Mopsuesta y por San Crisóstomo, y reputado el más sabio de los exégetas griegos. Los vínculos de amistad que unían á Teodoreto con su condiscipulo Nestorio, y la influencia de su maestro Teodoro, habian logrado alterar por largo tiempo la pureza de su doctrina; pero sacudió poco á poco las preocupaciones de escuela y renunció completamente á la falsa concepcion, que consiste en separar en Jesucristo la parte divi-

¹ Véase el número 107 y sig.